

POEMI AN' S

Alberto Kijera Saenz

© Marjinalia Bilduma
Lege-Gordailua: SS-0883/03

Rectifico. Nunca es demasiado tarde
(ni demasiado temprano).
Nunca se es demasiado
(ni demasiado poco).
Es, digamos,
lo máximo entre lo mínimo
y lo extraordinario
(que es la nimiedad)
y el recuerdo, ahí,
arrodillado en una esfera,
tan extraño como ya lo somos
nosotros, también de rodillas,
aguardando a ver si el tiempo
y su transcurso
se avienen a concedernos
una nueva oportunidad
que nosotros volveremos
estúpidamente a desperdiciar
(porque si no,
no podríamos sentirnos estúpidos).
Así son las cosas,
cuando la luz de la lámpara
se apaga y nos quedamos a
oscuras, soñando con los
viejos tiempos (en el fondo,
tan oscuros como los actuales).

Porque nada cambia.
Estamos tirados ahí
o allí; y es el mismo polvo,
el mismo suelo de tierra,
la misma indiferencia de
la naturaleza, ajena a nuestras
conquistas y a nuestras humillaciones.

Rueda cuesta abajo la moneda
que en nuestra infancia cayó,
culpable, de nuestro bolsillo,
no como reivindicación de nada,
sólo como hecho en sí,
consumado, petrificado,

¹ Los textos reunidos en este poemario han sido escritos bajo la influencia de los grupos musicales y/o compositores reseñados.

juzgado, jabonoso... Seamos
insinceros; y cuando el domingo llegue,
escapemos al barco (las ratas lo comprenderán).
Seamos insinceros; mintamos como bellacos.
No es que la política nos interese, pero...
En algo hay que pasar el rato;
yo eso hago. Todo el año. Pasar el rato.
Si pudiera, llegaría a la jubilación
pasando el rato (siempre hay tiempo
para el trabajo duro). Y el lobo,
bien lo sabe (por eso se ha entregado
casi al olvido, a la desaparición
de sí mismo: la deseada extinción).

*El Cabo arroja un cabo
y el Capitán lo decapita
y entonces viene el Teniente
y a ambos se cocina al dente
porque las jerarquías son
así de indiferentes.*

Qué emotivo es estar muerto.
Todos te lloran, te agasajan,
te regalan flores e incluso una tumba
te regalan (con lo caro que está el suelo).
¡Jauría! ¡quitad vuestros colmillos de
mi carne! ¡maldita jauría! ¡yo ya estoy muerto!
¡jauría! ¡id a ladrar a otro sitio! ¡jauría!
«Son los perros del Hado» me susurró una voz,
«no los espantes o será peor».
Quien así hablaba no tenía ojos;
pero su mirada refulgía en sus cuencas
vacías; yo me comía la entepierna
(aún no estaba podrida) y miraba
con desconfianza a la jauría.
Miré al ciego otra vez y vi pasar
en sus cuenca vacías toda mi vida,
cachito a cachito, de principio a fin.
Cuando salieron las letras del The End,
ya me había devorado la mayor parte de
mí mismo y una vez más estaba
dispuesto a volver a salir ahí fuera,
a luchar, por nada, contra nada...
tal vez, siguiendo un consejo,
o tal vez, dejándome llevar
por los acontecimientos.

Había vuelto a nacer en el siglo
2021, y nevaba y hacía frío
y lo primero que sentí fue la
muerte, su aliento, su cercanía
y... su misterio.

La moderación está bien,
cuando uno no está en juego.
Todos son moderados,
hasta los verdugos
(moderadamente matan,
practican el genocidio, llevan a los pueblos a
la guerra), ellos, los moderados,
muy cristianos todos,
con el titulillo del Opus Dei
en el bolsillo, ellos,
siempre allá donde el Santo Papa
(ese petardo)
proclama santos a troche y moche
(muy moderados todos ellos
también, quiero decir los santos,
y sus santidades, y los discretos
verdugos que a su servicio
tuvieron). No sé si alguna vez
lo había dicho, pero esto es
lo que yo entiendo por «poesía social».
Lo demás, que se lo quede la
Real Academia del Paludismo Popular.
Y la Iglesia, con Mayúsculas.

Vuerto. El fuego y la sangre
y las burbujas. Vierto mi estoica
furia, mi metódico heroísmo,
y arrojó al pandemonium la
calderilla que me sobra.
Señoras y señores,
no me gustáis,
porque hace tiempo
que ya no me gustan las putas.
No hay nada más patético,
que una burguesía analfabeta, ¿verdad?
Es el germen de toute la merde
que nos rodea, por acullí y
por acullá. Mira, ese fantoche,
es el típico espectro de la Gran
Conquista. En el fondo,
un desgraciado al que le
faltan redaños para escupir
a la cara de su padre y de su madre,
culpables de genocidio. Pero como
tiene dinero, se dedica al cine.

Y así nos van las cosas...

Tengo cientos de esternones,
todos ellos vacíos de significados.
Espero que no te importe. Nunca
asimilé demasiado bien la psiquiatría
(estaba tan ocupado psicoanalizándome...)
No se enfaden; no es nada personal. Sólo
es que me da rabia mirar todo ese horizonte
tan lleno y tan vacío de miradas:
lo tenemos todo,
y al mismo tiempo
no tenemos nada, porque lo dejamos
perder. Nos da miedo esa otra forma
de riqueza, la que no se puede comprar con dinero;
la que tal vez ni siquiera a base de duro esfuerzo
se pueda adquirir. No sé; tal vez sea algo intuitivo...
O, realmente, la voluntad existe;
como posibilidad, siquiera.

La evidencia es lo último
que interesa a la justicia humana,
demasiado ocupada en olisquearse
los aparatos genitales y de defecación.
La evidencia es lo que el fiscal
trata obstinadamente de ocultar,
para no quedarse sin empleo (le maître
no perdona). Sí, es cierto que tengo
una baja opinión de la Justicia.
Pero no es mi culpa; es,
fruto de la experiencia
(largos años dedicados
a la observación, con mis
amigos los monos).
¡Cuidado, van a dictar una resolución!
¡Tápense las narices, la peste negra
no hace distinciones (acaba matando
hasta a quien la transmite)!
Esto es ingenio: algo que los de la toga
carecen en su mayor parte
(tan ocupados andan contando
—una y otra vez— sus ahorrillos...).

La curiosidad, como arma

descargada, que nos lleva al embarcadero
de las ideas, sin tregua, arrojados
al vaivén de lo intangible, y allá,
al fondo, brilla nuestro talismán...
La curiosidad, como fortuita chispa
que un día —un buen día— todas
las cosas puso en movimiento...

Un soplo de aire gélido
se mete en nuestras venas
hinchándolas como un globo
de cientos de metros y ramificaciones,
rojo, siempre rojo. Al otro lado,
una metódica funcionaria realiza
sus glaciales apuntes en la descuartizada
Olivetti, y en la oficina sobresale un fichero
colosal repleto de maldades, y de haberes y
de conmovedoras cláusulas copiadas con
tinta mágica (desaparece a las pocas horas,
o a los pocos años —eso nunca se sabe—.)

El inmemorial recuerdo
resultó ser perecedero; y más acuático,
que un pato. Cuando escribo «poesía»,
procuro hacerlo así, con un casco de motorista
chapeteado en les coujons, por si aca...
Cada cual tiene derecho a protegerse.
Y es que la existencia entera, vista a través
de una vidriera, es así de frágil. Se requiere,
digamos, un poco de parsimonia
para que el último eslabón de la cadena simia
(nosotros) no acabe en el fondo del océano,
como el Prestige. ¡Qué hilaridad!
¿Oyes, cómo se parten el culo de risa,
en el cabildo? Es por la mano de obra,
que nunca imaginaron llegaría a salirles tan barata
(tan caro como ellos nos hicieron pagar su
insolidaridad; y mira tú, ahora, qué majos somos...).
Es escandaloso, desde luego. Y es normal ese recelo.
Pero qué quieres, de tanto apechugar, se acaba
sembrando esa discordia que tan eficaz y educativa
resulta, para el patrón.

La quietud se había detenido

en la estancia; y circundaba las almas
de los que allí estaban, como ausentes.
La quietud había fermentado poco a poco
entre las cuatro paredes abiertas a un
quimérico infinito de felicidades desmayadas
todas al más allá de la felicidad.

Oculto, mi simpleza;
no sé qué hacer con ella.
Procuro que no se note
pero siempre se me aligera.
La rima, está bien para
quien no tiene más
que salir por piernas.
¡Socorro! Que alguien
me libre de esta rima
que me aprieta y revienta.
¡Joder! ¡qué asco!
¡esta maldita rima
me está matando!

La ocupación. Cosa malsana.
Tengo ocupado el inodoro. Está
invadido de cosas. Se mueven. Laten.
Se arrastran. Luchan por salir de la tapa
del inodoro. Son de color marrón.
Creo que es mierda. Pero no estoy
seguro (nunca vi una mierda en toda
mi vida). Míralas; mira cómo se arrastran,
pérfidas, traidoras... Sólo sueñan
con la ocupación. Son los invasores.
De mi país. Del tuyo (a ver cuándo
nos limpiamos el culo).

Me compadezco. Sobre todo,
a las mañanas. Mientras vomito.
No, no he vuelto a beber. Es que
he escuchado el telediario. No,
las noticias no eran demasiado
horribles. Por eso he vomitado.
He visto a los políticos con
su raya pintada al medio, en Roma,
aplaudiendo; los he visto estrechando
la mano de Sharon, de Bush, animando
a la clase dirigente de Turquía (una
de las más analfabetas del planeta
—por eso estaban tan a gustito—).
Y luego, cuando he terminado de vomitar,
me he compadecido, pues me he dicho:
«Y ahora, vamos a escribir un poemita».

¿Y tú qué miras, eh, cara de culo?

Un puñetazo; dos puñetazos;
tres puñetazos. ¡Me gusta! ¡Sí! ¡Sí!
¡Me gusta! ¡Toma de mi papilla! ¡Mamón!
Sí, es el director del Centro Estatal de
Telecomunicaciones, «Pinotxo».
Está reunido con el Director de Prisiones,
alias «El Rata» y con el señor Alcalde «Tragaperras».
Se van a comprar un apartamento. Los tres.
Compartirán cama; y sífilis. Son la versión
contemporánea de Los Tres Mosqueteros.
¡Pero que ya no se lleva! ¡ya no se lleva!
En el fondo, hemos tocado fondo. Así
que ahora nos llevan al juzgado,
en donde nos espera «Bull-Doger».

Sucio como estoy, bajo la cabeza
hasta el fondo del bote de mermelada.
Y descubro, horrorizado, que es un coño.
¡Un coño de tía! ¡joder! ¡cómo es posible!
se me ha quedado atascada la nariz y ahora
no puedo sacarla. No me importa, porque
estoy acatarrado. Pero es incómodo. Para
escribir, sobre todo. Tengo que acabar una
poesía amorosa para la señora condesa,
que se vuelve a divorciar. ¡Maldito coño
de mermelada! A ver si tenía un cepo...
¡Joder!

Estoy atrapado. No puedo salir; ni entrar.
Me he quedado en el quicio de la puerta.
Es horrible. Esta habilidad mía, para quedarme
atrapado en todos los resquicios. Cuando saco
la picha al fresco, se me acaba enredando siempre
en algún sitio; lo peor son las puertas
(aunque prefiero las de caoba, a las blindadas
con acero y muelles percutores).

Aquí, en mi oasis... La lengua castellana...
Motivo de orgullo de no sé cuántas generaciones
de degenerados... Cuántos asesinatos, cuántas tropelías...

siempre justificadas en honor de la lengua castellana...
Esos patas negras estatales... todo lo atropellan...
qué sabrán ellos de la lengua castellana... todo el día
en la carnicería... no distinguen la carne de cerdo
de la lengua castellana... piensan que hablan en
lengua castellana pero sólo gruñen, pedorrear
en lengua castellana... Aquí, en mi oasis...
Los distingo bien... Tenían poco de qué enorgullecerse,
de sí mismos... así que echaron mano de
la lengua castellana... «*Póngame un kilo
de lengua castellana*», dijo el patético presidente
al carnicero... Y salió del establecimiento
con un paquete bajo el brazo.

Tengo un retrete exacerbado
en la punta de la lengua.
No te lo tomes a mal. Sólo es un dicho.
O un sinónimo (no me acuerdo).
Un momento. El retrete se mueve...
¡está vivo! ¡it is alive! ¡vive! ¡vive!
Puesto toma, ¡retrete maldito!
(con una gallina viva empieza a
golpearlo hasta que el retrete se
desangra y muere. Luego, se come a
la gallina).

Seguridad. Eso es lo más importante.
Seguridad. Necesitamos seguridad. Es nutritiva.
Es ideal. Seguridad. Seguridad. Echa
los candados, de tu cerebro.
Seguridad. Seguridad. Que llamen
a los de... ¡seguridad! ¡seguridad!
Es preciso extenderla. Y proclamarla.
Seguridad. Seguridad. Necesitamos
seguridad. ¡Atención! ¡Seeeguridad!
¡Atención! ¡Seeeguridad!
¡Cielos, qué voraz, qué voluptuosidad!
¡qué proverbial! ¡qué diversidad!

El látigo restalla en la ciudad
y su chasquido rebota en las fachadas,
en el asfalto, en las antenas de los edificios...
Se cuele en las habitaciones, en los hospitales,
en las escuelas, en los tanatorios.

El látigo restalla en la ciudad
y su chasquido rebota en las fachadas.
Brilla, con lujo de látex muerto;
brilla con luz propia, diariamente,
más de cien mil veces por minuto,
su chasquido imponente, elegante,
fantasmagórico. Como un sueño erótico.

Con una honda antiaérea conquistaremos
el mundo; con un garrote láser lo domaremos.
Un tamiz cubre el cielo, desangrado.
Nuestras sombras se arrastran;
y lo ilógico, lo juzgamos despampanante.
Prevalece lo idóneo; y nuestro deseo.
En el corredor de la muerte, transcurro despacio.
Soy el Tiempo. No es que haya vuelto;
simplemente, nunca me fui. Fecundo palabras
así como vuestras mujeres os fecundan a vosotros.
Y estoy, por debajo de todas las cosas.
Más humilde que yo, sólo las ratas
y los condenados de por vida a la fábrica.
Hasta aquí hemos llegado, hermanos...

Las nupcias llegan acaloradas.
Tras de ellas, la manada hambrienta
de los invitados. *¡Laudemus! ¡laudemus!*
El sol violeta desnuda a la novia de sus ropas
y la cuece lentamente, muy lentamente...
La palabra del siglo XXI así nos llega:
lentamente, muy lentamente... y
más cocida que un huevo *asfaltado*.
Brilla el buen humor entre los invitados:
la carne de la novia parece sabrosa;
y en cuanto al novio, se lo zamparon
mientras su costilla se cocía
lentamente, muy lentamente...
Y el sol brilla violeta, tremebundo,
como un dios encolerizado dispuesto
a arrojar su lava (su saliva) contra los
falsos adoradores. Aúlla el crisantemo
y los rayos de luna se quiebran en
las ramas de los árboles, cayendo
suavemente sobre la hojarasca permanente
del bosque una vez encantado
(tal vez aún siga siéndolo,
pero de otra manera: un encantamiento
sin carne humana, transformada —por necesidad—
en jugo vegetal). Los invitados notan la presencia
del bosque y aún vislumbran los rayos de la luna
caer, congelados, de las ramas —vivas— de los
árboles —muertos—. Los crisantemos se mantienen
en pie gracias al tornillaje; justo en ese
instante, los invitados se echan a reír: *¡a Octavio
le falta un tornillo!*, gritan muertos de risa.
Y la poesía comienza a crecer en sus estómagos
repletos de exquisita comida (la carne lentamente
cocida de la exquisita novia). El sol, violeta,
brilla a troche y moche y aprovecha sus últimos rayos
para calentar a la mujer que más le gusta,
hasta abrasarla... sin piedad.

La noche late; se siente su corazón
bombear en el cielo oscuro repleto de
caóticas estrellas; y el corazón de la noche
late con fuerza... Las briznas de hierba
alzan su cuerpo, y se entregan, embriagadas
por el latir rítmico de la noche. Un barco
despliega la vela mayor y se aleja en dirección

de la Tercera Constelación; un poco más lejos,
el Faro de Aftalón parpadea y baña con su
misterio el silencio de la noche y del cosmos.

La quimera del odio sólo era eso:
una quimera. Al final, todo acaba siendo
una mirada despojada de ira; al menos,
para quien se esforzó en caminar sobre sus pies,
en este mundo. Una herida en el cielo muestra
su sonrosada sangre; y nubes de algodón envueltas
en papel azul oscuro pasan raudas y se alejan
de la nefasta visión. El Creador contempla
su obra... la nuestra... y justo en ese instante
el rostro de Mona Lisa se refleja en su sonrisa.
Cae la nube, la herida se cierra y el venado
levanta su mirada hacia el cielo, implorando
vanamente misericordia.

El mundo, aparatoso, va dando vueltas
dentro de su botella; y el litoral del cristal
queda bañado por un mar de sueños,
todos ellos humanos, pero tocados
con el aliento divino de los dioses paganos.
«¡Morid por la belleza!», gritan las voces.
Ninguna otra *sesión* merece tal sacrificio.
Y luego, los gitanos huyen del lugar
con sus carretas blancas, dejándonos
a nosotros dentro de la botella, náufragos
de nuestros mensajes, de nuestro sentir
a medias, de nuestra más que evidente
insensibilidad para las cosas bellas.
«¡Estamos atrapados!», grita alguien.
Pero ya es demasiado tarde, la lanza
del mago se introduce en nuestra boca,
y a golpe de tajo se abre paso, primero,
hasta la garganta, y de allí va directa
a los pulmones, en donde reposa nuestro
pestilente cenicero.

Un soplo enigmático surgido de la sombra
hace bailar la llama, que recula y finalmente
se apaga. Es el final del poema, de la vida
y... de la brasa.

El habitante parte hacia la levedad.
Una sospecha flota en el aire... La particularidad
se disuelve en la generalidad. El habitante está
y al mismo tiempo no está. Su cuerpo es un
rayo de sol jugando en la espesura del bosque.
Yace amordazado el musgo sobre la piedra,
a quien protege del gélido marzo. El habitante
clava su mirada oblicua entre los matorrales,
ausente de deseo. Un animal salvaje lanza
su histérico grito de aviso. El bosque ruge.
La nada retrocede (ha visto al futuro cernirse
imparable y no puede hacer nada). La ninfa
aparece de improvisto sobre una roca, desnuda
como ella. Su cuerpo de niña, inmaculado,
se entrega a su mirada, y lo salva. Atrás
queda el bosque y la sal y la nada...
Alguien, cierra la página del libro
de poesía. Y ruge la montaña. Maldita por dentro.
Con todo su aparato digestivo disuelto.
Ríos de constancia van a parar al mar de lava
—¡ojalá no regresen jamás!—. Y uno de los
diosecillos de la montaña da golpes con el pie
en una roca; y no es un gesto inútil. Todo
tiene una repercusión allá; y los hechos
se desmoronan ladera abajo, maltrechos.
El habitante, confiado, arde en la llama
oscura del anochecer y colinas de fuego
iluminan el camino más allá de las primeras
estrellas. Y para cuando vuelve la mirada,
el diosecillo ya no está y no volverá a
verlo nunca. Son hechos de una sola vez.
Forman parte del misterio. De la poesía.
El habitante hace unos anotaciones en
el libro de bitácora (lo robó del último
barco en que viajó de polizón, antes
de que se hundiera —en realidad, lo hundió
él mismo—). Su mirada oblicua fija ahora
en la sima abierta a sus pies y no duda
en arrojarse —a su destino—. Y la muerte
besa sus labios y acaricia su sexo
antes de llevarlo lejos, muy lejos de allí.
No aún sitio mejor, ni peor; sino a otro sitio.
Diferente. En donde la nueva ciudad...
le espera con su brillo de metal y cristal
reluciente. Ésta es la poesía de la imaginación,
de la fantasía. Es otra forma de poesía.
Ni mejor ni peor que cualquier otra.

Diferente. Oblicua. De brillos de metal
y cristal reluciente. La poesía de la fantasía.
Inagotable, como las hazañas del hombre
(si no estuviera tan ciego...).

Mi cuerpo se rompe. Noto su deterioro.
Los cambios se avecinan y la tormenta
deja de ser un augurio para convertirse en objetivo.
La plegaria hurga en la noche, y el susurro
encarcela las palabras consagradas. Yazgo
ahí, como pudiera yacer allí. Nada hay más
lejos que uno mismo —su continuo—. Y el
arroz comenzó a caer del cielo como una
tromba de lluvia. Había un toque trágico
en todo ello. Aquel paisaje... ridículo.
Cubierto de arroz. Dado al ingenio.
El día dio un giro espectacular. Se había
vuelto caprichoso —el aire y el río y el sol
radiante y las raudas nubes y...—. Dejé
caer la maleta de las cosas inservibles
y miré sin recelo a la culebra, apenada
por mi devastada desnudez. Pensé, por
un momento, que allí estorbaba. En realidad,
era parte del paisaje, sólo que aún debía
dispersarme. Me arranqué las hojas adheridas
a mi pelo y bailé una conmovedora danza
en el paraje desierto. No había más civilización
que no fuese mi recuerdo. Y ante el fuego
perturbador, escupí al olvido todo cuanto
no fuera perecedero. Luego, al levantar la vista,
vi allá, la fantástica maquinaria, sobrevolando
el nuevo territorio. Y lanzándome un guiño
amistoso, sin mediar palabrería alguna,
lo supe entonces todo. Y la barbarie
quedó atrás para siempre. Ya no sería
de nuevo un esclavo. Y si lo fuera,
habían encontrado al amo perfecto.
Casi me dieron ganas de ladrar
—¡tal era el gozo!—: ¡Ah,
por fin había roto la cadena
y no me hacía falta traducirme
ni disimularme! Rompía contra el
alba de las palabras como una ola
contra el batiente. Y aún así,
ése fue el único recuerdo que me permití.
Más por nostalgia, que por necesidad.
Quería que la poesía fuese no una ilusión
sino una realidad; que la pudiera tocar,

que la pudiera sentir; que la pudiera vivir, respirar...
Había traspasado la puerta.

La aventura del extremismo;
extremismo de las palabras,
de los momentos geniales que
a ellas nos impulsan,
mágicamente,
como el viento que impulsa
la nave, sin miedo a quedar
varados en medio de la nada,
en medio del Mar de las
[Palabras].
Escribo, y lo hago con la misma
falta de ansia
con la que respiro.
Atrás ha quedado el bar,
las letrinas
y el entrepaño,
que junto al Jarro
fueron
mis fieles compañeros de viaje.

He huido del Club.
Ya nada espero.
Sólo esta claudicación...
y el recuerdo de las olas del mar
rompiendo contra mi soledad
en la que me desnudo
como si el mañana
no sucediera jamás.

La Historia muestra su rostro
y yo saco la lengua
y continúo trazando con el lápiz
grotescos vestigios a los que doy
el nombre de "dibujo lineal".

He ahí el sobrenombre
antepuesto siempre a la primera
puesta en escena en la que palpito,
viscoso, en una ciénaga polvorienta
de dentífricas palabras, malgastadas
en su sentido más ruin. Déjame

decirte lo que pienso, Conciencia,
y luego huye si quieres.
Pero no esperes
 que yo
 vuelva a quedarme
 en esta carbonera.
Si el rico tiene frío en los pies,
 que se los chupe su hembra
(para eso se casó con él, ¿no?)
Eso, no lo digo yo;
sino la sirvienta.

Un lagrimal... ¡qué obsceno!
Con lo baratos que son los sueños.
Subo las escaleras con ese
 sentimiento de inutilidad
que emana de las acciones
 destinadas
a interponer un lapsus perentorio
 entre principio y final.
La muerte, en el Entresuelo,
 me sonrío al pasar
 y me ofrece su anillo
que yo me apresuro
 a rechazar.
Los vecinos me lo agradecerán algún día.
 El paquebote silba ronco.
 La hora acecha.
 La terminal proyecta
su sombra oblicua. Y yo —¡qué lastima!—
 miro hacia atrás
 sin esperanza alguna.
Aún siento bombear mi corazón
 enlatado,
 motivo de tanta alegría
 [muerta].

El "rocío"... no me dice nada.
Tal vez, si lo intentara con la palabra
 [hollín...],
 me sentiría algo más mojado
 por dentro.
Mi "sentimiento poético" se desangra.
Sí, soy yo. Aunque no lo parezca.
 No es que haya vuelto;
en realidad, nunca llegué a irme.

Me fastidia, además, ese
"toque poético" de las cosas.
Prefiero el sinsentido,
la maraña atrofiada de los
decires tal vez poco piadosos
pero dotados —¿cómo lo diría yo?—
de esa superficialidad capaz
de llevar la reseña del libro
a su justo lugar.
¡Y para eso he vuelto...!

Hierve la sangre en el lapidario.
La niebla me perfora por dentro.
Doy cuatro pasos, y ya me muero.
Persigo el cuadrado perfecto.
Y enarbolo un trapo entre mis dedos.

El estilo rococó de la inmunda
[clase dirigente];
me complazco en el insulto ajeno,
y así aprovecho para mejor situarme.
En el fondo, no estamos todos tan lejos
como creemos.
Existe una pared contigua
a dos habitaciones.
Y eso quiere decir,
que el mismo edificio
[compartimos].
Ahora vienen los funerales.
No te los pierdas,
si te gustan los caramelos.

Un réquiem por ese próximo amanecer,
delirante y delicado, bien dispuesto e indispuerto,
la mudable seriedad del instante
y el desmayo que acompaña a toda
[puesta en escena].
El poemario está listo. Ya lo podemos
[dar al fuego].
Hemos realizado la travesía,
y a pesar de lo ridículo, de la solemnidad,
casi puedo alardear de mi naturalismo.
Mirad, mi grotesca gordura
qué humana

y sonrosada
se vuelve en su desnudez.

Una vez, derroché a manos llenas
lo que poseía a raudales
y ahora más me falta: tiempo,
tiempo para desesperarme,
para amar y ser amado
para odiar y ser odiado.
Tiempo,
para vivir y sucumbir
sin pena ni gloria.

Retumban frías y lejanas
las últimas palabras
en las despedidas;
el reloj palpita su parsimonia
y trae reminiscencias como brasas
ahogadas en su súbito baño.
La marea se lleva consigo
el recordatorio al pleno,
y sólo quedan los interesados
y sus sombras, quiméricos
enlaces de lo Negro.
Abatible es nuestro devenir,
y más allá de la raya,
¿qué queda sino la arena
que no se deja contar?
Eso quería decir; creo...

El mar penetró en la estancia
y arrojó sobre la mesa todos sus
tesoros: estrellas y caballitos de mar...
erizos... y, en fin, toda esa rutina
que lo caracteriza y cuya mítica
tanto nos ha entusiasmado
desde siempre. En cualquier caso,
(y tal vez no venga a cuento)
es agradable siempre
sentarse al ocaso de los días
[proprios]
y permanecer atentos
al silencioso transcurrir
de los acontecimientos.

(Para morir,
siempre hay tiempo).

A veces,
hay que aprender a callar
y sólo saber escuchar.
No todo es creación.
La botella de vino
rápido se bebe
pero preguntad al campesino
sobre su elaboración.
Y veréis, como dijo Kundera,
lo insoportable que puede
[llegar a ser]
"la insoportable levedad del ser".
Y es que, cada golpe de fusta,
tiene su martingala (al menos,
en el buen cine). Y ahora, digámonos
adiós, pues el otoño de las horas
va pasando y la mirada del
invierno se posa en nosotros
como un achicharrado copito de nieve.
¡Adiós, amig@s!